

# EL ETNÓLOGO COMO CONSERVADOR DE MUSEO. ESTEVA Y LOS MUSEOS DE ANTROPOLOGÍA

XAVIER ROIGÉ  
Universitat de Barcelona  
roige@ub.edu

A Claudi Esteva se lo recuerda por ser el introductor de la antropología en España, por su tarea como docente e investigador. Pero es menos conocido por su trayectoria en los museos antropológicos, tanto por el hecho de que se interesó por la antropología en México a partir de su experiencia en el Museo Nacional de Antropología como por que fue director del Museo Nacional de Etnología en Madrid. En nuestros últimos encuentros con él, se interesó por mi tarea como investigador sobre los museos de antropología y conversamos en diversas ocasiones sobre la importancia de aquellos para la disciplina y sobre su experiencia en los museos en México y en España. Le encantaba, sobre todo, contar anécdotas de los problemas que se encontró durante su etapa como director del Museo Nacional de Etnología y cómo resolvió la precariedad que imperaba en él. Es a partir de esas conversaciones que me ha parecido interesante escribir este breve artículo, no solo sobre su visión respecto a los museos, sino, sobre todo, para situar el contexto de su concepción de la antropología desde el prisma de la interrelación entre museos y antropología.

## La antropología mexicana y la museología

En una entrevista, Esteva decía que se matriculó en Antropología a partir del descubrimiento del Museo Nacional de Antropología en 1947: «Un día pasaba por la calle Moneda, donde estaba el Museo Nacional de Antropología de México; en ese museo, junto a la entrada, había un gran cartel que decía: “Instituto Nacional de Antropología e Historia, Escuela Nacional de Antropología e Historia”; debajo había *una relación de las carreras* que se estudiaban y entre ellas estaba la de etnología. Aquel día vi que aquello era lo que yo había buscado durante tantos años y que no había tenido la oportunidad de ver. Entré en la Escuela y me matriculé» (Hernández, 1982). Después, Esteva realizaría distintas prácticas e investigaciones en los propios laboratorios del museo, entre 1953 y 1954.

En el momento en que Esteva estudiaba en México, la museología desempeñaba un papel muy importante en la antropología de ese país, según la tradición de la antropología cultural boasiana, y había ejercido una labor fundamental en la profesionalización de la antropología (Rutsch, 2007). Como el propio Esteva escribió (1969a: 160), los antecedentes de la antropología cultural se sitúan precisamente en la museología, de manera que «la museografía etnográfica emerge paralelamente con el desarrollo de las ciencias etnográficas». Esta relación fue durante unos años clave para entender cómo se configuró la propia antropología; en cierta manera puede considerarse que nació dentro de los museos (Collier y Tschopik, 1954). El propio Boas (1907) trabajó en ellos y fue también una figura reconocida en museología, pionero en el concepto expositivo de *life groups* y conservador del Museo Americano de Historia Natural, donde creó la exposición sobre los autóctonos de la costa noroeste que permanece aún hoy.

Esta interconexión entre museos y la disciplina antropológica estuvo aun más presente en la antropología mexicana. Desde sus orígenes, el que hoy es el Museo Nacional de Antropología disponía de una de las colecciones más importantes del mundo, clave en el desarrollo de la disciplina. En 1924, el museo contaba ya con una inmensa colección de 52 000 objetos y recibía numerosos visitantes, por lo que se consideraba uno de los más prestigiosos del mundo. En 1940 cambió su nombre por el actual,

Museo Nacional de Antropología. En este contexto, Esteva se adentró en la antropología en interrelación con la museología y ello explica parte de los problemas que se planteó posteriormente. Decía en su artículo titulado «El etnólogo como conservador de museo» que «los museos fueron el hogar de los etnólogos, pues las currículas universitarias todavía no se habían abierto a la Etnología» y también que la práctica del trabajo de campo «pudo representar, en muchos casos, la recolección de materiales etnográficos que tendrían su destino en los museos» (1969a: 161). El trabajo de campo estaba tan imbricado en la práctica museológica que «no hubo diferencia entre el ser de la Etnología teórica y el ser de la Etnografía que se hacía en los museos». Esteva, en este artículo, describía en cierta manera la situación que él había vivido durante sus años en México, de manera que lo que él llamaba «etnólogo de museo» no sólo era un vehículo de comunicación de la antropología, sino también un «formulador de problemas»: «Además de hacer catálogos y de plantear exposiciones, y además de completar sus colecciones, y de interpretarlas en su problemática, el etnólogo de museos debe proporcionar a sus colegas aquellos análisis que puedan contribuir, especialmente a través del estudio de la cultura material, a orientar y hasta resolver cuestiones relativas a los usos y adaptaciones de los artefactos» (1969a: 164).

La visión que nos ofrecía Esteva de las funciones del museo etnológico coincidía con la que proporcionaba el enfoque de la antropología cultural norteamericana (Swauger, 1969) y la práctica de la museología en México (Bernal, 1966). Este nexo tenía que ver con la interrelación que Esteva hacía con la arqueología, de manera que, a su juicio, el objeto era un elemento clave para la investigación y la enseñanza de la antropología. Se trataba de una relación que ya a Boas le resultaba problemática, lo que había originado una desvinculación relativa entre museos y universidades; este divorcio nacía de las dudas que planteaba la explicación de una sociedad a través de la exhibición de su cultura material, esto es, de los objetos. Como también afirmaba Esteva, el problema residía en que no debía plantearse qué debemos exhibir en el museo, sino, más bien, qué queremos decir con lo mostrado (1969a: 174). Este principio —que, según la museología actual, se considera básico— no estaba plenamente incor-

porado en el momento en que Esteva escribió su artículo, por lo que su reflexión resulta aún hoy en día pertinente. De hecho, su artículo sobre los museos contiene algunas ideas básicas que acabarían siendo directrices en las exposiciones, como la necesidad de comunicación, la importancia de la estética museográfica o la necesidad de la selección de los objetos por su significado más que por su morfología.

En México, además, los museos antropológicos han tenido (y tienen) un papel político fundamental, lo que se puso aún más de manifiesto cuando se creó el nuevo Museo Nacional de Antropología en 1964, cuando Esteva ya había salido de México, pero cuyo proyecto siguió. Ese museo se erigió con el fin de mostrar la identidad mexicana y como una forma de exhibir los orígenes precolombinos de esta identidad. Representaba, en cierta manera, «las vitrinas de la nación» (Rio, 2010) mediante un discurso de una nueva identidad mexicana, teóricamente, al servicio de la comunidad indígena. No obstante, como criticó más tarde Bonfil (1987), se trataba de una visión de un México profundo que hunde sus raíces en una milenaria civilización, pero que muestra poco el enfrentamiento permanente entre quienes pretenden encauzar el país en el proyecto de la civilización occidental y quienes resisten arraigados a formas de vida de estirpe mesoamericana.

## Los museos antropológicos en España

A su regreso a España, Esteva se encontró con una realidad muy distinta en esta relación entre los museos y la disciplina antropológica. Este tipo de instituciones, a pesar de sus condiciones precarias, existían, pero más como herederos de la tradición del folklore y, en menor medida, de la antropología física, que de la antropología cultural o social, inexistente en ese momento en la Universidad. Esteva se doctoró en 1958 en Madrid e inmediatamente comenzó a dar clases como americanista en la misma universidad. Pero fue en el Museo Nacional de Etnología donde empezó su tarea de formación de antropólogos, organismo en el que dirigió entre 1965 y 1968 la Escuela de Estudios Antropológicos, formalmente al margen de la Universidad. En diversas ocasiones me había comentado que su primera tarea en España fue la de director del Museo Nacional

de Etnología. Encontró un museo en estado lamentable: «[...] ni siquiera se disponía de material para escribir, como tampoco había personal de dedicación especializada». Pero precisamente allí creó la Escuela de Antropología «porque pensaba que era muy adecuado a la tarea de toda museografía etnográfica, por una parte, y a la formación de una generación de antropólogos que rompiera con los esquemas cerrados y equívocos del concepto de antropología dentro de la Universidad española». La elección del museo como plataforma para la enseñanza de la antropología era la única opción posible para Esteva, lo que también era lógico según la tradición de la interrelación entre la antropología mexicana y la museología de la que era discípulo, como acabamos de apuntar. Como él mismo explicaba: «Cuando me hice cargo del Museo Nacional de Etnología llegué a la conclusión que se podría intentar incluir los cursos de antropología que no existen aquí. Pericot me dijo: “Esto podrá hacerlo dentro del museo; en la universidad no, no, no... En la universidad no.” Y entonces le dije: “¿Pero habrá alguien a quien no le parezca bien que lo haga dentro del Museo de Etnología?” y me contestó: “¡Ah, no! Usted será el director y, por lo tanto, podrá hacer cursos de antropología ahí”. Entonces acepté» (Brufau *et alii*, 2011).

En el Madrid de la posguerra al que llegó Esteva, existían tres museos distintos de cariz antropológico. Por una parte, el Museo del Pueblo Español, que se había creado en 1914 como museo etnográfico y de folklore con fondos procedentes del Museo del Traje y que se reformó durante los años de la República, aunque no pudo abrirse hasta 1940, para cerrarse poco después, en 1944, por los daños del edificio. A pesar de su cierre, el museo siguió manteniendo su colección y en él una figura central de la antropología de la época como Julio Caro Baroja desarrolló una buena parte de su trayectoria, pues fue su director entre 1944 y 1955. En ese momento existían en España (sobre todo en Cataluña y el País Vasco) diversos museos de temática etnológica en España, creados en gran parte durante el período republicano, pero que el franquismo no vetó ya que se concebían como un instrumento de la cultura popular de visión conservadora. Por otra parte, el Museo Nacional de Antropología, creado en 1875 por el doctor Velasco, en primer lugar como una colección de an-

tropología física; entre 1890 y 1940 se denominó Museo de Antropología, Etnografía y Prehistoria. En 1940 se le cambió el nombre por el de Museo Nacional de Etnología bajo el amparo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y albergó el Instituto Fray Bernardino de Sahagún de Investigaciones Etnológicas. Según su decreto de fundación, que hacía énfasis en que «fueron quillas hispánicas las que agrandaron la geografía conocida y conquistaron para la cristiandad países y continentes, ampliando en el espacio y el tiempo, el conocimiento del hombre», se presentaba a las otras culturas como exponentes del salvajismo, la barbarie y la civilización (Romero de Tejada, 1992). También por aquel entonces, en 1941, se había creado el Museo de América con colecciones procedentes del Museo Arqueológico y con el objetivo de privilegiar la explicación de la conquista de América y de la hispanidad, otro eje ideológico básico del franquismo.

En ese contexto, Esteva asumió la dirección del Museo Nacional de Etnología en 1965. La situación del museo era pésima, no solo por motivos ideológicos, sino también financieros y técnicos. Esteva lo explicaba de la siguiente manera: «Cuando llegué, recuerdo que faltaban en el inventario unas mil setecientas piezas que habían sido sustraídas y desaparecidas, mientras que parte de la biblioteca, sobre todo colecciones de revistas, había sido vendida en las librerías de viejo de la llamada Cuesta de Moyano. Caro Baroja (el director anterior a mi) me dijo: “Pues aquí no se puede hacer nada, porque primero hay que descubrir qué pasó con todo esto”. Entonces fui al director general de Bellas Artes y se lo expliqué. Me contestó “Hombre, no vaya usted a decir esto ahora, a estas alturas... vamos a ver si podemos saber qué pasó, y después veremos qué hacemos” Le añadí que en el Museo nos habían cortado la luz por falta de pago. En fin, que convoqué a la prensa y les dije “Se le ha cortado la luz a una institución del estado llamada Museo Nacional de Etnología por falta de pago”. Al día siguiente la noticia salió en el diario ABC. Posteriormente averiguamos dónde habían ido a parar muchas de las piezas que recuperamos. Las tenía un particular con relaciones administrativas en el Museo»<sup>1</sup>.

---

1 <<https://www.aibr.org/antropologia/boant/entrevistas/OCTo2o1.html>>.



Xavier Roigé, Joan Bestard, Claudi Esteva Fabregat, Mercedes Fernández-Martorell,  
XVIII Congrés Internacional d'Història Oral, Universitat de Barcelona.  
Barcelona 2014 © Berta Alcañiz.

Aunque la etapa al frente del entonces Museo Nacional de Etnología fue breve, entre 1965 y 1968, Esteva Fabregat impulsó una orientación distinta de la institución, es decir, pasó de albergar contenidos de inspiración colonialista a imprimir un sello de vocación universalista, a pesar de que el contexto ideológico de la época permitía muy pocos cambios; por ello, Esteva se concentraría más en la formación docente que en las tareas expositivas y de reformulación de la colección. Aunque durante los años siguientes, en las distintas reuniones de una incipiente disciplina antropológica, el tema de los museos antropológicos aparecía con frecuencia (Tejada, 1973; Moreno, 1971), la situación de los museos antropológicos era débil y no acababa de consolidarse. Así, el propio Esteva (1969b) señalaba que el escaso desarrollo de los museos antropológicos era uno de los problemas que impedía que la antropología pudiera ejercer un papel mayor en la sociedad española y apuntaba a la necesidad de que las distintas administraciones potenciasen la creación de museos etnológicos. La creación de nuevos museos era un reclamo habitual en todos los congresos y reuniones, como en la I Reunión de Antropólogos Españoles, celebrada en 1973, donde se pidió al Ministerio «la iniciativa de creación de museos

etnológicos, folklóricos o antropológicos, o de culturas regionales y de artes y costumbres populares» y que tuviera en cuenta «el consejo y asesoramiento de los antropólogos españoles», así como que se exigiera «como condición para ocupar los puestos de dirección y conservación a personas tituladas en Antropología» (Romero de Tejada, 1975: 340). Peticiones similares se hicieron en el Congreso de Artes y Costumbres Populares, celebrado en Mallorca en 1975, y en el II Congreso de Antropología, de 1981.

Esteva se trasladó en 1968 a Barcelona al conseguir una plaza como profesor agregado de Etnología y, posteriormente, en 1972, consiguió la cátedra de Antropología Cultural, que ocupó hasta su jubilación en 1986. En Barcelona, centró su labor en la universidad y su vinculación con los museos disminuyó. En 1973 se inauguró la nueva sede del Museo Etnológico de Barcelona gracias al esfuerzo de August Panyella. Aquella era en aquel momento la institución dedicada a la antropología que contaba con más recursos y, en cierta manera, seguía planteamientos distintos a la práctica museológica mexicana. Pero para entonces, Esteva se había distanciado de los planteamientos museológicos y se interesaba más por el trabajo de campo antropológico a partir de «la observación directa y personal de los fenómenos que son objeto de estudio» (Calvo, 1997). Este planteamiento derivaba no solo de una mayor tendencia a los razonamientos teóricos, sino también del hecho de que la práctica museológica y la investigación universitaria se estaban separando. Al contrario que en México, en España la antropología y la museología transitaron dos caminos distintos, casi paralelos, pero ignorándose. Esta separación permite comprender gran parte de la relación actual entre la antropología universitaria y los museos etnológicos: una relación con frecuencia de cierta desconfianza, de crítica por parte de la Universidad con respecto a la práctica museística y que también se pone de manifiesto en un escaso desarrollo de los museos etnológicos. Bajo la influencia de la nueva museología, los museos etnológicos experimentaron una renovación significativa a nivel local. Además, se crearon numerosas de estas instituciones en los años setenta y, especialmente, durante la siguiente década, aunque en ese desarrollo se contó con una escasa participación de la antropología académica.



En una de nuestras últimas conversaciones, Esteva lamentaba el escaso desarrollo de los museos antropológicos en España, que contraponía con el que había presenciado en México. Su visión sobre los museos, que recogió sobre todo en su artículo de 1969 titulado «El etnólogo como conservador de museo», respondía a la concepción de la museología en México y su importancia dentro de la antropología. Por circunstancias diversas, que hemos enumerado en este artículo, los museos en España no tuvieron la misma importancia y, generalmente, se crearon con escasa participación del ámbito universitario. Con todo, Esteva nunca dejó de interesarse por los museos antropológicos, que, a su entender, en los albores de la disciplina «fueron el hogar de los etnólogos» (1969a: 161).

## Bibliografía

- BERNAL, I. 1966. «The National Museum of Anthropology of Mexico», *Museum International*, 19(1): 1-14.
- BOAS, F. 1907. «Some Principles of Museum Administration», *Science* 25(650): 921-933.
- BONFIL, G. 1987. *El México profundo, una civilización negada*. México D. F.: Grijalbo.
- BRUFAU, J.; PERMANYER, M.; ZULET, X. 2011. «El trabajo de un antropólogo termina en el momento en que este es como el otro. Entrevista a Claudi Esteva Fabregat», *Perifèria. Revista de Recerca i Investigació en Antropologia* 14. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- CALVO, L. 1997. *Historia de la antropología en Cataluña*. Madrid: CSIC.
- COLLIER, D.; TSCHOPIK, H. 1954. «The Role of Museums in American Anthropology», *American Anthropologist* 56(5): 768-779.
- ESTEVA, C. 1969a. «El etnólogo como conservador de museo», *Pyrenae* 5: 159-184. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- ESTEVA, C. 1969b. «La etnología española y sus problemas», *I Congreso Nacional de Artes y Costumbres Populares*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1-40.
- HERNÁNDEZ, P. 1982. «Entrevista amb Claudi Esteva Fabregat», *Ciència* 16(2): 44-51. Barcelona.
- MORENO, I. M. 1971. «La antropología en Andalucía: desarrollo histórico y estado actual de las investigaciones», *Ethnica* 1: 107-144. Barcelona: CSIC.
- RIO, L. del 2010. *Las vitrinas de la nación. Los museos del Instituto Nacional de Antropología e Historia*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- ROMERO DE TEJADA, P. 1975. «La antropología y los museos», *Primera reunión de antropólogos españoles*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 339-347.
- ROMERO DE TEJADA, P. 1992. *Un templo a la ciencia. Historia del Museo Nacional de Etnología*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- RUTSCH, M. 2007. *Entre el campo y el gabinete: nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- SWAUGER, J. L. 1969. «The Museum as a Teacher», *Current Anthropology* 10: 461-462. Chicago: Universidad de Chicago.